



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 7 de diciembre de 2005

Himno de acción de gracias

1. El himno de acción de gracias que acabamos de escuchar, y que constituye el salmo 137, atribuido por la tradición judía al rey David, aunque probablemente fue compuesto en una época posterior, comienza con un canto personal del orante. Alza su voz en el marco de la asamblea del templo o, por lo menos, teniendo como referencia el santuario de Sión, sede de la presencia del Señor y de su encuentro con el pueblo de los fieles.

En efecto, el salmista afirma que "se postrará hacia el santuario" de Jerusalén (cf. v. 2): en él canta ante Dios, que está en los cielos con su corte de ángeles, pero que también está a la escucha en el espacio terreno del templo (cf. v. 1). El orante tiene la certeza de que el "nombre" del Señor, es decir, su realidad personal viva y operante, y sus virtudes de fidelidad y misericordia, signos de la alianza con su pueblo, son el fundamento de toda confianza y de toda esperanza (cf. v. 2).

2. Aquí la mirada se dirige por un instante al pasado, al día del sufrimiento: la voz divina había respondido entonces al clamor del fiel angustiado. Dios había infundido valor al alma turbada (cf. v. 3). El original hebreo habla literalmente del Señor que "agita la fuerza en el alma" del justo oprimido: es como si se produjera la irrupción de un viento impetuoso que barre las dudas y los temores, infunde una energía vital nueva y aumenta la fortaleza y la confianza.

Después de esta premisa, aparentemente personal, el salmista ensancha su mirada al mundo e imagina que su testimonio abarca todo el horizonte: "todos los reyes de la tierra", en una especie de adhesión universal, se asocian al orante en una alabanza común en honor de la grandeza y el

poder soberanos del Señor (cf. vv. 4-6).

3. El contenido de esta alabanza coral que elevan todos los pueblos permite ver ya a la futura Iglesia de los paganos, la futura Iglesia universal. Este contenido tiene como primer tema la "gloria" y los "caminos del Señor" (cf. v. 5), es decir, sus proyectos de salvación y su revelación. Así se descubre que Dios, ciertamente, es "sublime" y trascendente, pero "se fija en el humilde" con afecto, mientras que aleja de su rostro al soberbio como señal de rechazo y de juicio (cf. v. 6).

Como proclama Isaías, "así dice el Excelso y Sublime, el que mora por siempre y cuyo nombre es Santo: "En lo excelso y sagrado yo moro, y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el ánimo de los humillados"" (*Is* 57, 15). Por consiguiente, Dios opta por defender a los débiles, a las víctimas, a los humildes. Esto se da a conocer a todos los reyes, para que sepan cuál debe ser su opción en el gobierno de las naciones.

Naturalmente, no sólo se dice a los reyes y a todos los gobiernos, sino también a todos nosotros, porque también nosotros debemos saber qué opción hemos de tomar: ponernos del lado de los humildes, de los últimos, de los pobres y los débiles.

4. Después de este llamamiento, con dimensión mundial, a los responsables de las naciones, no sólo de aquel tiempo sino también de todos los tiempos, el orante vuelve a la alabanza personal (cf. *Sal* 137, 7-8). Con una mirada que se dirige hacia el futuro de su vida, implora una ayuda de Dios también para las pruebas que aún le depare la existencia. Y todos nosotros oramos así juntamente con el orante de aquel tiempo.

Se habla, de modo sintético, de la "ira del enemigo" (v. 7), una especie de símbolo de todas las hostilidades que puede afrontar el justo durante su camino en la historia. Pero él sabe, como sabemos también nosotros, que el Señor no lo abandonará nunca y que extenderá su mano para sostenerlo y guiarlo. Las palabras conclusivas del Salmo son, por tanto, una última y apasionada profesión de confianza en Dios porque su misericordia es eterna. "No abandonará la obra de sus manos", es decir, su criatura (cf. v. 8). Y también nosotros debemos vivir siempre con esta confianza, con esta certeza en la bondad de Dios.

Debemos tener la seguridad de que, por más pesadas y tempestuosas que sean las pruebas que debamos afrontar, nunca estaremos abandonados a nosotros mismos, nunca caeremos fuera de las manos del Señor, las manos que nos han creado y que ahora nos siguen en el itinerario de la vida. Como confesará san Pablo, "Aquel que inició en vosotros la obra buena, él mismo la llevará a su cumplimiento" (*Flp* 1, 6).

5. Así hemos orado también nosotros con un salmo de alabanza, de acción de gracias y de confianza. Ahora queremos seguir entonando este himno de alabanza con el testimonio de un

cantor cristiano, el gran san Efrén el Sirio (siglo IV), autor de textos de extraordinaria elevación poética y espiritual.

"Por más grande que sea nuestra admiración por ti, Señor, tu gloria supera lo que nuestra lengua puede expresar", canta san Efrén en un himno (*Inni sulla Verginità*, 7: *L'arpa dello Spirito*, Roma 1999, p. 66), y en otro: "Alabanza a ti, para quien todas las cosas son fáciles, porque eres todopoderoso" (*Inni sulla Natività*, 11: *ib.*, p. 48); y este es un motivo ulterior de nuestra confianza: que Dios tiene el poder de la misericordia y usa su poder para la misericordia. Una última cita de san Efrén: "Que te alaben todos los que comprenden tu verdad" (*Inni sulla Fede*, 14: *ib.*, p. 27).

Saludos

Saludo con afecto a los visitantes de lengua española, en particular a los alumnos del seminario y colegio diocesano de Getafe, a los fieles de parroquias y cofradías, a los grupos escolares de España, así como a los peregrinos de América Latina. Con san Pablo os recuerdo: "Aquel que inició en vosotros la obra buena, él mismo la llevará a su cumplimiento" (*Fip* 1, 6). Muchas gracias.

(En polaco)

Mañana celebraremos la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Madre del Señor. Dios la eligió y la preservó de toda mancha del pecado original, para prepararla a ser digna Madre de su Hijo (cf. Prefacio). A su protección os encomiendo a vosotros y a vuestras familias. Que Dios os bendiga.

(A los participantes en el congreso organizado por la Congregación para el clero con ocasión del 40° aniversario de la promulgación del decreto "Presbyterorum ordinis")

Queridos hermanos, este documento conciliar ha marcado una etapa de suma importancia en la vida de la Iglesia por lo que atañe a la reflexión sobre la naturaleza y las características del sacerdocio ministerial, que configura a los presbíteros con Jesucristo, cabeza y pastor de su pueblo. A su imagen y a su servicio los sacerdotes deben dar su vida para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana